

## Vivir entre precios y valores: la contabilidad como lenguaje de lo cotidiano

**Daixuly Cerón Méndez**

daixuly.ceron@correounivalle.edu.co

Universidad del Valle

Dedíquense a personas, grupos o causas. Sumérjanse en el trabajo social, político, intelectual o artístico. Deseen pasiones lo suficientemente intensas que les impidan cerrarse en ustedes mismos. Aprecien a los demás y vivan una vida activa de proyectos con significado.

**Simone de Beauvoir**

Descotidianizar lo cotidiano: Para todo aquel que preferiría estar haciendo algo útil.

## Vivir entre precios y valores: la contabilidad como lenguaje de lo cotidiano

**Resumen:** Este ensayo propone una reflexión crítica sobre la contabilidad como una herramienta de interpretación que estructura nuestras formas de vivir, pensar y valorar. A partir de los enfoques de “contabilidad de precio” y “contabilidad de valor” formulados por el profesor Gracia López, se explora cómo estas racionalidades trascienden los ámbitos contables y configuran la vida cotidiana (extrapolación). En este orden de ideas, mientras la lógica del precio privilegia la medición, la rentabilidad y la eficiencia, la contabilidad de valor permite reconocer lo intangible y simbólico como fundamento de una vida consciente y profunda. El presente ensayo analiza cómo estas lógicas coexisten en tensión, permeando decisiones personales, institucionales y colectivas. Finalmente, se propone repensar el quehacer contable como una práctica ética capaz de visibilizar lo que sostiene y dignifica la vida.

**Palabras clave:** Contabilidad de precio; Contabilidad de valor; Vida cotidiana; racionalidad; crítica.

### 1. Introducción

Partiendo de los planteamientos de Gracia (2007) sobre los enfoques de contabilidad de precio y contabilidad de valor, este ensayo plantea una reflexión que extrapoláa estos conceptos al terreno de la vida cotidiana: nuestras relaciones, decisiones y aspiraciones están mediadas por la lógica del precio o la del valor. Así pues, es pertinente preguntarse ¿Cómo vivimos según una lógica de precios? ¿Cuándo, en cambio, operamos desde una lógica de valores? ¿Puede la contabilidad ayudarnos a visibilizar y transformar nuestras relaciones humanas y sociales?

Este contraste no debe entenderse como una dicotomía moral o una oposición entre lo correcto y lo incorrecto, sino como una manifestación de racionalidades distintas que coexisten en tensión constante y que estructuran de manera diversa nuestras formas de ser y hacer (existir). Así pues, la lógica del precio configura una representación objetiva y normada de lo que se considera una vida exitosa. Por ejemplo, al valorar una carrera por el salario que ofrece o una relación interpersonal por su utilidad; la lógica del valor, en cambio, rescata dimensiones cualitativas como el cuidado, el reconocimiento, la equidad, los afectos y el sentido colectivo. Por ejemplo, el valorar el descanso y la escucha como prácticas fundamentales, son expresiones de una racionalidad orientada al valor.

Explorar ambas perspectivas permite comprender que la contabilidad no solo registra la realidad: la configura. Y al hacerlo, influye directamente en cómo habitamos el mundo. En ese sentido, transformar la forma en la que entendemos la contabilidad es transformar también las condiciones simbólicas que configuran la cotidianidad.

## 2. La contabilidad en disputa: El valor como punto de partida

Antes de abordar los enfoques contables que propone este ensayo, resulta necesario detenerse en una cuestión fundacional: ¿qué entendemos por “valor” y por qué esta noción es central para la contabilidad y, en general, para la organización social? Aquello que una sociedad define como *valioso* no solo guía su estructura productiva, sino también sus marcos éticos, sus instituciones, sus formas de reconocimiento y exclusión, y las condiciones simbólicas desde las cuales se construye lo *deseable*.

En este contexto, abordar el concepto de valor no es una digresión teórica, sino una condición necesaria para entender cómo la contabilidad participa en la configuración de *lo social*. Lejos de limitarse a representar lo que ya está dado, la contabilidad: al seleccionar, clasificar y traducir en cifras determinadas dimensiones de la realidad, también produce efectos performativos sobre aquello que debe ser preservado, gestionado, intercambiado o descartado, según (Rojas, et al., 2021) “desde el pensamiento y la metodología de archivo de Foucault, se puede releer el cómo y porqué en un momento de la historia un saber enuncia y visibiliza tales umbrales, y a su vez oculta o traslape otros matices de la realidad” (p.226). Así, la contabilidad genera una representación de la realidad económica en la que ciertos aspectos son imperiosos y otros, prescindibles. Franco (2008, p. 52) refuerza esta idea al señalar que la contabilidad “produce una información específica y necesariamente oculta otra”. Así pues, la información contable es utilizada para la toma de decisiones en ámbitos de suma trascendencia, pero su construcción epistemológica determina y clasifica sus elementos entre indispensables y eludibles.

Por eso, cualquier reflexión crítica sobre la contabilidad —y en particular sobre sus lógicas de precio o de valor— exige volver sobre esta noción, solo así es posible comprender cómo distintas formas de contabilizar se articulan con distintas formas de habitar el mundo, y por qué repensar el valor es también repensar el lugar de la contabilidad en nuestras vidas.

En este sentido, la contabilidad traduce y legitima determinados sistemas de valoración. Así, lo que se incluye o excluye de los registros contables no responde únicamente a criterios financieros, sino también a visiones específicas del mundo, desde definiciones históricas y culturales sobre qué importa y qué no; como señalan Gómez y Ospina (2009), la contabilidad “no solamente actúa como medio, sino que se constituye en un conocimiento que amplifica, modifica, re-contextualiza y determina ideas, prácticas institucionales, estructuras simbólicas y morales, e intereses y visiones del mundo (pp. 14- 15)” De manera similar, Ocampo (2018) advierte que la información contable no constituye una representación transparente de la realidad, sino una interpretación, construcción y reconstrucción de esta, en función de la lógica social que predomina. En consecuencia, la definición de aquello a lo que se le atribuye valor obedece a decisiones que expresan la visión dominante del sistema económico y cultural, es una “relación entre saber-poder que delimitan lo que la sociedad debe considerar como útil, pertinente, deseable” (Gracia, 2007, p 159).

Ahora bien, la noción de valor, lejos de ser unívoca o puramente técnica, ha sido objeto de múltiples interpretaciones a lo largo de la historia, dependiendo del campo disciplinar, el contexto histórico y la orientación ideológica desde la cual se aborde. En la filosofía, las ciencias sociales y la economía política, el valor ha sido concebido como una categoría fundamental para entender tanto la organización de la vida social como los mecanismos de intercambio, jerarquización y distribución. Desde Aristóteles<sup>1</sup> quien distinguió entre el *valor de uso*, ligado a la satisfacción de necesidades, y el *valor de cambio*, al precio que puede obtenerse en el mercado — hasta autores más contemporáneos, las discusiones sobre el valor han evidenciado las tensiones entre aquello que sostiene la vida y aquello que se mercantiliza. Estas perspectivas han subrayado las implicaciones sociales, políticas y culturales que conlleva privilegiar una lógica por encima de otra. En la modernidad, esta tensión se profundizó al institucionalizarse el valor de cambio como medida dominante de lo *valioso* en el capitalismo (Mirowski; 2018).

Diversas tradiciones académicas, —desde perspectivas críticas hasta propuestas alternativas— han cuestionado la reducción del valor a su dimensión comercial. Estos aportes, aunque provienen de marcos teóricos distintos, convergen en una crítica común: la subordinación del valor de uso —relacional, ético, simbólico— al valor de cambio. En contextos liberales, esta reducción impone criterios de valoración que equiparan *valor con rentabilidad*. Las consecuencias de esta lógica son evidentes no solo en la economía, sino en la forma en que se dispone la vida colectiva, en las relaciones sociales, el sentido mismo del desarrollo humano y la contabilidad como lenguaje de validación. Al retomar esta tensión clásica, estos aportes no solo muestran los efectos excluyentes del mercado, sino que también permiten pensar criterios de valoración más plurales, situados y socialmente significativos.

Desde la economía política, Marx (1990) menciona que esta lógica del valor de cambio invisibiliza las condiciones sociales y materiales de producción, deshumanizando el trabajo y reduciendo al sujeto a una fuerza productiva abstracta. Desde un enfoque contemporáneo, Mazzucato (2018) plantea que el debate sobre el valor es una cuestión política: quién crea valor, quién lo captura y cómo se mide, determinan las prioridades de toda sociedad. Por su parte, Max-Neef (1993) en su propuesta sobre “doble lucro” —económico y social— cuestiona la hegemonía del beneficio como único criterio organizador de la vida.

Desde las ciencias sociales, Mauss (1925), al estudiar la *economía del don*, mostró que muchas sociedades organizan sus intercambios en torno al valor de uso, es decir, en relaciones de reciprocidad, obligación moral y reconocimiento simbólico. Desde esta perspectiva el *valor* de las cosas no radica únicamente en su utilidad o precio, sino en las relaciones sociales y afectivas que median su circulación. Graeber (2021; 2018) amplía esta mirada, al sostener que el valor está culturalmente determinado por aquello que una sociedad considera *significativo*; en su crítica a las estructuras contemporáneas de deuda, muestra cómo el individuo se convierte en un “*sujeto endeudado*” una figura atravesada por la culpa, la autoexigencia y la necesidad constante de justificar o validar su existencia mediante el pago o en función de su capacidad de retribuir. Esta transformación del valor simbólico en deuda cuantificable expresa una forma de colonización de la vida por parte del valor de cambio.

Foucault (2007;1975) y Deleuze (2006;1969) también problematizan esta racionalidad. En el tránsito de las sociedades disciplinarias a las de control, el valor del sujeto ya no se mide por su dignidad o participación colectiva, sino por su eficiencia y capacidad de autovalorarse según parámetros económicos. El poder no opera exclusivamente desde la represión, sino mediante la autogestión y la vigilancia interiorizada. Foucault analiza cómo el sujeto moderno es constituido como una unidad evaluable, incorporado a lógicas permanentes de medición, corrección y optimización, las cuales alcanzan su punto de mayor intensidad en el neoliberalismo, con la figura del “*empresario de sí mismo*”; mientras que Deleuze advierte que el control se ejerce por modulación continua, exigiendo al individuo mantenerse competitivo en todo momento. Sus planteamientos permiten comprender cómo la racionalidad económica se convierte en un dispositivo de subjetivación que transforma a los individuos en gestores permanentes de su humanidad.

Ahora bien, a la luz de las perspectivas revisadas, pueden derivarse dos conclusiones centrales. En primer lugar, el valor no debe entenderse como una noción exclusivamente económica, sino como una construcción cultural, histórica y política que orienta, jerarquiza y define nuestras formas de vida en común. Se trata, en efecto, de una categoría cargada de significados sociales, afectivos y normativos, que opera como principio estructurante de la organización simbólica y material de las sociedades.

En segundo lugar, atender las tensiones históricas en torno a su definición permite visibilizar el carácter político del campo contable, entendido como un escenario en donde se dirimen debates éticos, morales y sociales alrededor de los criterios de valoración. En este sentido, el análisis que propone este ensayo parte del reconocimiento de la contabilidad como una práctica inmersa en una tensión constitutiva: aquella que media entre lo que se *cuantifica* y lo que *importa*, entre el *precio* y el *valor*.

### 3. La contabilidad como lenguaje: entre el precio y el valor

A partir de la caracterización del valor, es pertinente adentrarse en la discusión central de este ensayo, la cual aborda los enfoques de contabilidad propuestos por el profesor Gracia. El propósito de esta sección es comprender cómo estas perspectivas se inscriben en una visión crítica que interpreta la contabilidad como un lenguaje social. Cada enfoque refleja distintas concepciones sobre lo que se entiende por valor, y su análisis permitirá exponer los principios fundamentales que los sustentan.

En ese orden de ideas, para Gracia (2007) la contabilidad puede abordarse desde dos enfoques fundamentales. El primero, ampliamente adoptado en los ámbitos financiero y normativo, corresponde a la contabilidad de precio. Esta perspectiva se centra en la representación monetaria de los hechos económicos, privilegiando el valor de cambio y reduciendo la complejidad social y productiva a indicadores cuantificables, susceptibles de ser controlados y comparados. Aunque funcional en términos de eficiencia y estandarización, esta visión ha contribuido a consolidar un modelo económico centrado en la acumulación de capital y en la racionalidad mercantil.

Este tipo de contabilidad se alinea con una lógica instrumental, donde el objetivo es maximizar beneficios, optimizar recursos y garantizar el cumplimiento de estándares normativos y financieros. Bajo este paradigma, la contabilidad opera como herramienta

de vigilancia, orden y control. Se prioriza la información útil para la toma de decisiones de inversión, financiamiento o rentabilidad.

En contraste, la contabilidad de valor propone una concepción más comprehensiva; esta perspectiva reconoce las relaciones sociales, los impactos de la actividad económica en la vida humana y ambiental, y la necesidad de orientar la contabilidad hacia principios de justicia y transformación social. En términos formales, este enfoque se sustenta en la actividad y la producción, entendidas como procesos integrales donde se articulan trabajo, productividad, capital y reproducción social, orientando a interpretar la economía desde sus fundamentos reales (Gracia, 2007).

La contabilidad de valor introduce así una dimensión ética y política en el ejercicio contable, permitiendo incorporar criterios cualitativos, contextuales y relacionales que hacen posible una comprensión más amplia y profunda de los hechos económicos. Asimismo, invita a reflexionar sobre el papel que cumple la contabilidad en la reproducción de las estructuras sociales existentes y su potencial para transformarlas. En lugar de atenerse a registrar *lo que sucede*, esta contabilidad aspira a contribuir en la construcción de lo que *debería suceder*.

Esta diferencia no es menor, pues implica decidir si el registro contable debe limitarse a representar el dato o si debe dar cuenta del entramado social, afectivo y ecológico que sostiene la vida. Extrapolando, decidir entre una contabilidad de precio o una de valor no es una simple preferencia metodológica, sino una decisión profunda que compromete las convicciones éticas, políticas e ideológicas de quien la ejerce. Esta elección no solo define el tipo de prácticas profesionales que se llevarán a cabo, sino también la manera en que se concibe el propósito mismo del conocimiento contable.

En última instancia, esta decisión no solo configura una postura profesional, sino también una ética de vida, estrechamente vinculada a la manera en que comprendemos el mundo y nos relacionamos con los demás. En este sentido, la distinción entre una contabilidad de precios y una contabilidad de valor se encuentra profundamente arraigado, como se ha insistido, en nuestras concepciones sobre lo que constituye el *valor*, pues según Graeber (2001), distinguimos entre valores sociológicos y valores económicos. Si nos alineamos con el primero, entenderíamos el valor como aquellas “concepciones de lo que en última instancia es bueno, apropiado y deseable en la *vida humana*” (p. 37) —. Por el contrario, si adoptamos la perspectiva económica, el valor se mediría en función de “el grado en que *los objetos* son deseados, medido según lo que *otros* estén decididos a dar para obtenerlos” (p. 38).

A partir de esta base conceptual, resulta pertinente examinar con mayor detalle como estas dos racionalidades se manifiesta más allá del plano técnico, es decir, su despliegue en la vida cotidiana. En lo que sigue, se abordará de forma diferenciada cómo estos enfoques operan como racionalidades que configura nuestras decisiones, relaciones e instituciones, entendiendo que no se trata de una dicotomía rígida entre dos formas contables, como podría sugerirse en una lectura inicial, sino de una relectura crítica de racionalidades que han configurado históricamente distintos modos de organizar la realidad económica y social.

#### 4. La vida: contada en precios

Una ilustración de cómo la lógica contable de precios se refleja a la vida cotidiana puede observarse en el tratamiento técnico que se hace de la depreciación y el desgaste del capital fijo. Como señala Gracia (2007), la contabilidad financiera calcula la depreciación de los activos bajo criterios jurídicos asociados a la propiedad privada, sin registrar el desgaste real, los tiempos muertos ni las ineficiencias del proceso productivo, aspectos que influyen en la descapitalización de la empresa y en su sostenibilidad a mediano y largo plazo. Este enfoque, orientado a preservar márgenes de ganancia y garantizar la consistencia de los estados financieros, deja fuera ciertos costos ocultos asociados al desgaste estructural.

De manera análoga, en la vida cotidiana, esta racionalidad se refleja en cómo las personas conciben su propio desgaste físico, emocional o mental como un “costo necesario” para alcanzar metas de éxito. El agotamiento acumulado tiende a pasar inadvertido, mientras que los cuerpos y las mentes se consideran recursos cuya obsolescencia no siempre se reconoce de forma explícita ni oportuna. Elementos como el descanso, el ocio o la atención a las emociones no se incluyen en los balances vitales de la experiencia humana, dando lugar a una organización de la vida centrada en el rendimiento y en la optimización de objetivos.

Esta misma lógica se refleja en el tratamiento de los activos intangibles; en la contabilidad tradicional, elementos como el conocimiento, la cultura organizacional o el capital humano presentan complejidad para su medición y, por ello, tienden a recibir menor atención en los registros contables. Gracia (2007) señala que, aunque se han desarrollado esfuerzos teóricos para incorporar variables de capital intelectual o humano, estas aproximaciones permanecen condicionadas por la orientación predominante hacia el valor de cambio. En la práctica, los intangibles suelen valorarse más cuando se percibe que pueden generar retorno económico inmediato, mientras que su contribución al valor de uso —como su impacto en la productividad real, la cohesión organizacional o la sostenibilidad social— permanece menos visible. Esto ilustra cómo este modelo organiza la información según criterios específicos, determinando la manera en que se representa el valor de los activos en la economía y en la vida organizacional.

En la vida cotidiana ocurre algo similar: el afecto, el cuidado, el tiempo compartido, la escucha activa y otras formas de inversión relacional tienden a ser menos valoradas porque no pueden ser cuantificados ni monetizados, convirtiendo la socialización en un proceso instrumental. Como resultado, se privilegian los vínculos funcionales que producen beneficios tangibles o facilitan la obtención de capital social (Bourdieu, 1979), mientras que quienes no generan ventajas inmediatas participan de manera limitada en redes de reconocimiento y apoyo. La internalización de esta lógica influye en la forma en que los individuos perciben y valoran sus propios vínculos.

El concepto de capital social propuesto por Bourdieu (2001) resulta esencial para comprender esta dinámica. Según este autor, el capital social comprende los recursos derivados de la pertenencia a redes duraderas de relaciones basadas en conocimiento, reconocimiento y apoyo mutuo. Sin embargo, en la lógica de precios, estas redes son valoradas por su utilidad como vehículos de acceso a otros capitales —económico, cultural o simbólico— generando lo que Bourdieu denomina *ventaja competitiva*. De este modo, se privilegian los vínculos funcionales que aumentan el rendimiento individual en el proceso de racionalidad social mientras que se relegan aquellos que no aportan ventajas

ciertamente tangibles. Esta racionalidad técnica se vincula con lo que Bauman (2013) denomina *vida líquida*, en la cual las relaciones humanas se tornan volátiles, frágiles y subordinadas al cálculo y la eficiencia, erosionando vínculos duraderos y proyectos comunes, y replicando en los balances financieros la lógica de desvalorización de lo intangible que Bauman describe a nivel social.

Este paradigma también se asienta en la gestión del tiempo: el ocio es visto como improductivo, y se exalta una hiperactividad que inhibe la introspección y la vida contemplativa. Tal como advierte Byung-Chul Han (2010), la sociedad contemporánea se configura como una *sociedad del rendimiento*, donde el sujeto se autoexplota en su afán de productividad continua, reduciendo al mínimo los espacios de pausa y reflexión. En este contexto, incluso el cuerpo humano es objetivado como un recurso que debe ser eficiente, competitivo y adaptable. En los entornos laborales, el valor de un trabajador se asocia con su capacidad de generar ingresos, más que por sus conocimientos, sus valores o su contribución al clima organizacional.

Por otro lado, Gracia (2007) señala que la contabilidad contemporánea privilegia el valor estimado de realización y la circulación de precios y activos financieros por encima de la producción real y del trabajo, desplazando el sentido social de la economía hacia el consumo y debilitando las bases materiales de la vida colectiva. Esta lógica se refleja también en la vida cotidiana: como advierte Lipovetsky (2007), en las sociedades hipermodernas el consumo ocupa un lugar central en la construcción de la identidad y en la experiencia subjetiva del bienestar, promoviendo una noción de felicidad vinculada a la satisfacción inmediata, la novedad constante y la posesión material. Así, el *deseo* se asocia al *precio*, el *éxito* a la *acumulación* y la *felicidad* al *consumo*, instaurando una lógica emocional que prioriza el *tener sobre el ser* y que influye en los fundamentos éticos, comunitarios y productivos que sostienen la vida en común. En este marco, la contabilidad actúa como un lenguaje que traduce estas prioridades a cifras y registros, organizando la conducta individual y colectiva según parámetros de rendimiento y eficiencia. Tal racionalidad atraviesa todas las esferas de la vida, homogeneizando y estandarizando conceptos de logro, plenitud e incluso dignidad.

Esta mirada, llevada a su punto de mayor expresión, muestra cómo la contabilidad de precios estructura las formas en que interpretamos la realidad y nos constituyimos como sujetos. La vida cotidiana se convierte en un flujo continuo de medición y selección, en el que los criterios éticos, afectivos y relacionales se confrontan con la lógica de lo útil y lo rentable. Lo planteado aquí no busca menospreciar el valor de la contabilidad como herramienta técnica, sino poner de relieve las limitaciones de su uso unívoco, alertando sobre las consecuencias de reducir la complejidad social y humana a métricas cuantificables. Reconocer este fenómeno en palabras de Graeber (2018) no implica:

“Atacar el pensamiento económico per se, ni no las bases del economicismo, el proceso por el cual se construye la hegemonía de cierta cosmovisión y la incorporación de ciertos presupuestos a cerca del mundo como si fuesen inmanentes a nuestra naturaleza” (p.15).

Nombrar esta lógica dominante constituye un paso esencial para abrir el debate sobre las condiciones que estructuran nuestra vida individual y colectiva, por tanto, se convierte, en un acto tanto político como epistémico, pues implica disputar los marcos desde los cuales se construye lo *pensable* y lo *valioso* en una sociedad. No se trata únicamente de

identificar una racionalidad hegemónica, sino de visibilizar los supuestos históricos, simbólicos e institucionales que la sostienen, sustentan y que determinan las formas legítimas de conocer, validar y organizar la experiencia. Al interpelar esta racionalidad, se abre la posibilidad de cuestionar el orden establecido y proponer nuevas y más lógicas para la construcción de sentido: otras formas de *medir, priorizar, decidir y vivir*. En este contexto la contabilidad se revela como un terreno de disputa, donde se juegan visiones del mundo contrapuestas y se definen los criterios desde los cuales es posible construir una vida justa, sostenible y digna.

## 5. La vida: contada en valores.

Ahora bien, reconocer esta dimensión es el primer paso para buscar una alternativa, aquí pensar otras formas de contabilidad supone también imaginar otras formas de vida, es lo que el profesor Gracia llamaría la contabilidad de valor. De esta manera, se configura un marco conceptual que amplía la comprensión de lo que los sistemas contables pueden reflejar, mostrando una alternativa de análisis que incorpora distintas dimensiones de la realidad económica y social.

Una perspectiva contable centrada en el valor permite incorporar dimensiones de la experiencia que son esenciales para la reproducción humana y que, habitualmente, permanecen fuera de la lógica financiera. Como señala Gracia (2007), los modelos contables tradicionales presentan limitaciones para representar los intangibles. No obstante, estos elementos constituyen un soporte fundamental para la sostenibilidad social. Esta perspectiva se orienta por la significación profunda de los actos, los vínculos y las decisiones. Vivir con valor implica reconocer y atender aquello que no puede ser tácitamente cuantificado pero que sostiene la existencia: la cooperación, la memoria y la transmisión de saberes. De manera semejante a lo que propone Gracia (2007) al visibilizar el trabajo de cuidado y los procesos de reproducción de la vida en la contabilidad, en la cotidianidad puede emerger una racionalidad que considera estos elementos como parte integral de la organización de la vida y de las relaciones sociales y que no subordine la existencia al capital.

Desde esta perspectiva, incluso lo que tradicionalmente se clasifica como “capital fijo” en el ámbito contable —el cuerpo, la salud y la energía vital de las personas— puede concebirse no únicamente como un recurso sujeto a depreciación, sino como un elemento que requiere atención y regeneración. La contabilidad de valor ofrece un marco para incorporar dimensiones vitales como el autocuidado, el descanso y la pausa, reconociendo que vivir también requiere de tiempos improductivos que resultan, en realidad, profundamente fértiles. Bajo este enfoque, el tiempo se entiende como un espacio para el *ser*, donde las pausas adquieren valor propio; como señala Kundera (1995), la pausa constituye un acto de resistencia frente a la velocidad de lo útil. Así, habitar el mundo desde esta sensibilidad implica aceptar que no todo puede ni debe traducirse a indicadores cuantitativos y que existen formas de riqueza que sólo se manifiestan al margen de la contabilidad convencional.

Del mismo modo, los vínculos humanos se resignifican: el capital social —en el sentido de Bourdieu (2001)— se entiende no únicamente como una ventaja estratégica, sino como un entramado de apoyo mutuo y compartido. Esta transformación no invalida la utilidad

de las relaciones, sino que la amplía, situándolas en una lógica de comunidad más que de competencia.

La contabilidad de valor, desde la perspectiva de Gracia (2007), propone desarrollar una sensibilidad hacia aquello que no puede medirse con facilidad: los vínculos humanos, los compromisos éticos y la capacidad de velar. En este marco, vivir con valor no consiste únicamente en asignar nuevas o diferentes métricas a lo cotidiano, sino en reconsiderar los fundamentos sobre los cuales organizamos nuestras prioridades, instituciones y relatos acerca de lo que es significativo para la vida y para la sociedad.

En suma, vivir con valor implica ampliar el horizonte de la contabilidad, orientando las decisiones desde una ética del bien común, sin romantizar la precariedad, reconociendo que las dificultades o limitaciones materiales no deben considerarse virtudes en sí mismas ni justificar condiciones desfavorables, y sin subestimar la relevancia de los recursos materiales, incorporándolos como elementos esenciales en cualquier análisis de sostenibilidad y valor. Esta perspectiva busca equilibrar la atención entre lo tangible y lo intangible, reconociendo que los componentes materiales y simbólicos se articulan para sostener, enriquecer y dignificar la existencia.

De manera análoga a lo que señala Graeber (2018) sobre la importancia de las acciones mismas, lo que pretende reconocer la capacidad de actuar de los individuos, y no solo en producto de ella, así cuando el valor se piensa desde las acciones y no desde las *cosas* es posible considerarlo como parte del proceso social donde los actores conciben su propia actividad como *significativa*. En esta línea, Aristóteles<sup>2</sup> ya planteaba desde una perspectiva ética que la vida buena se ancla en la virtud, subrayando que el sentido de la existencia se construye a partir de la capacidad de orientar nuestras acciones hacia fines que trascienden utilidad inmediata.

En este marco, una contabilidad centrada en el valor ofrece un espacio para dar cuenta dimensiones de la realidad que la contabilidad tradicional tiende a omitir: —como el trabajo doméstico no remunerado, la participación social o el impacto ambiental de las decisiones productivas—, y permite organizar la economía y la sociedad donde el eje articulador sea distinto al lucro, como la reciprocidad, el respeto por la naturaleza y la construcción colectiva.

En este sentido, la contabilidad puede ser reinterpretada como una herramienta de sentido y de resistencia, capaz de visibilizar formas alternativas de riqueza, tales como la capacidad de convivir en paz, de relacionarse con el entorno y de construir comunidad e individualidad sana. Pues como indica Fraser (2003), la justicia no puede limitarse a la redistribución económica, sino que requiere también el reconocimiento de las prácticas y relaciones sociales que sostienen la vida; propuesta que, desde Garber (2018) permite desplazar el foco de atención hacia las capacidades que tiene la generación de valor que posee el intercambio y ampliar los horizontes de análisis a nuevas perspectivas simbólicas y materiales.

## 6. Tensión y posibilidad: cómo convivimos con ambas lógicas y por qué la contabilidad puede ser un medio para visibilizar otras formas de organizar la vida.

Vivir entre precios y valores constituye una tensión inherente a las sociedades contemporáneas, no se trata de universos excluyentes, sino de rationalidades que

coexisten, se disputan y a menudo se entrecruzan en el entramado cotidiano. En muchas ocasiones o más bien en la mayoría de ellas, las personas se ven obligadas a transitar entre ambas, por un lado, deben tomar decisiones que garanticen estabilidad económica, seguridad material y eficiencia; por otro, procuran espacios de sentido, cuidado, cuidad y reconocimiento.

Esta tensión también nos interpela en el plano institucional y colectivo. Como señala Amartya Sen (1999; 2000) una sociedad justa no es la que más riqueza genera, sino la que más expande las libertades reales de las personas para elegir y llevar la vida que valoran. La libertad de llevar diferentes tipos de vida se refleja en el conjunto de combinaciones alternativas de funcionamientos entre los cuales una persona puede optar, definida como la *capacidad* del individuo. Esta capacidad depende de factores personales y de aspectos de la organización social, de manera que un compromiso social con la libertad implica promover efectivamente las capacidades humanas, tanto en la vida privada como en relación con fines sociales que trascienden al individuo.

Desde esta perspectiva, la contabilidad puede concebirse como un dispositivo que visibiliza no solo flujos financieros, sino también dimensiones sociales, éticas y relacionales que sustentan las capacidades humanas. Entendida como parte de un enfoque de desarrollo humano —que busca ampliar la riqueza de la vida más allá de la riqueza económica—, la contabilidad puede orientar la gestión institucional y cotidiana hacia la creación de espacios que fortalezcan la cooperación, el bienestar y la sostenibilidad de los vínculos, ampliando las libertades reales y la elección consciente. La posibilidad está abierta: convertir la contabilidad y la vida cotidiana en un dispositivo de visibilidad profunda y nutritiva.

Esta ambivalencia no es solo práctica, sino también profundamente ética y política, constituyéndose en un campo de tensiones que no se resuelve fácilmente, ya que ambas racionalidades entran en conflicto constante. La dificultad principal radica en que la lógica del precio se sustenta en estructuras institucionales, normativas y tecnológicas consolidadas, que facilitan su reproducción y legitimación. En contraste, la lógica del valor, de carácter más difuso y contextual, carece de instrumentos institucionales ampliamente reconocidos que le confieran legitimidad operativa, lo que limita su visibilidad y su capacidad de incidencia en las prácticas económicas y sociales.

Ahora bien, una crítica fundamental que formula Gracia (2007) al enfoque contable basado en el precio es que este no solo reduce el campo de estudio de la contabilidad y la economía, sino que limita la capacidad interpretativa de los sistemas contables frente a la complejidad del mundo social. La adopción de una lógica contable centrada en el valor de cambio tiende a fragmentar la realidad, aislando los flujos financieros de sus relaciones con los procesos sociales, ambientales y políticos. En consecuencia, se producen comprensiones parciales de las transacciones económicas, pues se registra exclusivamente su dimensión monetaria, desatendiendo los intereses que las motivan y los impactos multidimensionales que generan.

Como advierte Nussbaum (2012), este sesgo economicista empobrece la noción de desarrollo humano al reducirla a parámetros de ingreso y crecimiento, dejando de lado capacidades esenciales como la empatía, la creatividad o la participación ciudadana. Desde esta perspectiva, la contabilidad se erige como un criterio selectivo que determina qué acciones y recursos son reconocidos o promovidos en función de su precio más que

de su valor intrínseco. En este régimen, la racionalidad contable opera, entonces, como un dispositivo de subjetivación: en el que —como señalan Deleuze y Guattari (1980)— el deseo es capturado por el capital y sus estructuras, restringiendo la exploración de otras experiencias posibles del valor y reforzando discursos que elevan la eficiencia y la productividad a criterios dominantes de valoración social. Tal visión fragmentada, como indica Gracia (2007), debilita de manera significativa la capacidad de decisión en los ámbitos micro y macrosocial, al sustentarse en representaciones sesgadas e incompletas que reproducen desigualdades, omiten costos sociales y desatienden las externalidades negativas.

Frente a ello, la propuesta de una contabilidad de valor busca restituir la integralidad del hecho económico, articulando lo financiero con lo real, lo social y lo ambiental. Más que ampliar el objeto de estudio, esta perspectiva plantea reorientar su finalidad hacia el sostenimiento de la existencia y el fortalecimiento del tejido comunitario (Gracia, 2007).

No obstante, es precisamente en esta tensión donde se abre un espacio potencialmente transformador para la disciplina contable. Replantear el ejercicio profesional desde una perspectiva crítica implica cuestionar no solo qué se registra y cómo, sino también a quién sirve ese registro y qué efectos generan sobre la vida social, económica y ambiental. La contabilidad, desde el lenguaje social, tiene el potencial de hacer visibles otras realidades y de contribuir a nuevas formas de organización económica centradas en la vida.

En la medida en que la formación contable incorpore estas reflexiones, será posible exaltar su dimensión ética y política, dotando a los futuros profesionales de herramientas para ejercer una práctica comprometida con el bien común. Una contabilidad orientada al valor no es incompatible con la técnica ni con la lógica de precios, pero sí exige ampliar sus fines y su horizonte de sentido, integrando criterios sociales en la interpretación y uso de la información. Así, repensar la contabilidad integrando perspectivas del valor no implica desechar lo cuantitativo naturalmente necesario, sino complejizarlo, reconociendo que detrás de cada número hay vidas, relaciones, historias y decisiones morales.

## 7. Conclusión.

Este ensayo ha planteado una lectura de la contabilidad como una gramática profunda que contribuye a construir nuestra manera de interpretar el mundo, un lenguaje con capacidad performativa: organiza, jerarquiza y da forma a la realidad que habitamos, en la cual convergen y se disputan las lógicas del precio y del valor, en las que la postura que adoptemos incide directamente en la manera en que concebimos *lo justo, lo útil y lo necesario*.

El análisis de estos enfoques evidencia que la lógica contable dominante ha permeado no solo la economía, sino también las esferas más íntimas de la vida cotidiana, constituyéndose en una matriz de sentido desde la cual organizamos el tiempo, las relaciones y los afectos, condicionando la experiencia y mediando nuestra valoración de lo *significativo*.

En ese sentido, convivir entre precios y valores no es una contradicción que deba resolverse, sino una tensión que exige ser habitada con conciencia crítica y ética. En esta encrucijada, el quehacer contable y por extensión, la formación profesional, debe abrirse

a nuevas sensibilidades, capaces de registrar no solo lo que se gana o se pierde, sino también aquello que nos une, nos cuida y nos sostiene.

Reconocer esta dualidad, no implica abandonar la rigurosidad técnica, sino ampliarla, integrando nuevas formas de comprender y representar la riqueza, el trabajo, los vínculos y el entorno. El reto es avanzar hacia una contabilidad con conciencia social, que dialogue con otras formas de conocimiento, que acoja la diversidad de racionalidades existentes y que, en última instancia, se comprometa con la sostenibilidad de la vida.

En este horizonte, la disciplina contable asume una responsabilidad ética ineludible: visibilizar lo que ha sido históricamente invisibilizado, otorgar valor a lo que ha sido marginado y generar información útil no solo para los mercados, sino también para las comunidades, los territorios y las generaciones futuras. En ese camino, la contabilidad puede convertirse en una forma de mirar, sentir y transformar el mundo.

## 8. Bibliografía

- Bauman, Z. (2013). Vida líquida. Austral.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. In J. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241–258). Greenwood.
- Bourdieu, P (2001). «El capital Social: Apuntes provisionales». Revista Zona Abierta No 94-95: 81-87.
- Deleuze, G. (1969). La lógica del sentido. Paidós Ibérica, S. A.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1980). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II. Pre-Textos.
- Deleuze, G (2006) Post-scriptum sobre las sociedades de control. URL:  
<http://journals.openedition.org/polis/5509>
- Foucault, M. (1970). La arqueología del saber. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1975). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979) El nacimiento de la biopolítica. curso en el Collège de France: 1978-1979 - 1a ed. - Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007
- Franco, R. (2008). La contabilidad como un saber estratégico. En GECUA, XIX congreso de estudiantes de contaduría pública de Colombia. Medellín: GECUA.
- Fraser, N. (2003). Redistribución o reconocimiento: ¿Qué es la justicia social? (J. R. Acosta, Trad.). Editorial Trotta.
- Gómez, M & Ospina C. (2009). Avances interdisciplinarios para una comprensión crítica de la Contabilidad. Textos paradigmáticos de las corrientes heterodoxas. Bogotá, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Antioquia.

- Gracia, López Édgar (2007). Economía política y contabilidad: un asunto para repensar. Lúmina, No. pp. 156-171.
- Graeber, D. (2018). Hacia una teoría antropológica del Valor: la Moneda Falsa de Nuestros Sueños. Fondo De Cultura Económica.
- Graeber, D. (2021). En deuda: una historia alternativa de la economía. Editorial Ariel.
- Han, B.C. (2010). La sociedad del cansancio. Herder.
- Kundera, M. (1995). La lentitud. Tusquets Editores.
- Lipovetsky, G. (2007). La felicidad paradójica: ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo. Anagrama.
- Marx, K. (1990). El capital. Crítica de la economía política. Tomo I: El proceso de producción del capital. Editorial Progreso.
- Mauss, M. (2009). Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas (M. Delgado, Trad.). Katz Editores.
- Max-Neef, M. (1993). Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro. Fundación Dag Hammarskjöld / CEPAUR.
- Mazzucato, M. (2018). El valor de todo: Haciendo y extrayendo valor en la economía global. Taurus.
- Mirowski, P. (2018,). Neoliberalism: The movement we dare not speak its name. American Affairs Journal.
- Nussbaum, M. (2012). Crear capacidades. Propuestas para el desarrollo humano. Madrid: Paidós
- Ocampo Salazar, C. A. (2010). Tensiones respecto a la idea de hombre en algunos discursos contables y humanistas de la administración. Contaduría Universidad de Antioquia (56), 183-206.
- Rojas-Rojas, W., Ospina-Zapata, C. M., Cardona, J. D., Ocampo-Salazar, C. A., & García, D. (2021). Perspectivas para la reconceptualización de la contabilidad en el marco de las necesidades humanas. Innovar, 31(82), 223-244.
- Sen, A. (1999). La libertad individual como compromiso social. Ediciones Abya-Yala
- Sen A. (2000). Desarrollo y libertad. Editorial Planeta / Grupo Zeta.